

El modelo de desarrollo. ¿Tiene algo que decir el ideario progresista?

Joseph Ramos¹

Introducción: las dudas y la tesis

Muchos piensan que del progresismo no queda, hoy, más que un sueño nostálgico. Se dice que, al menos en lo que se refiere al plano económico, no hay alternativas reales. En la praxis somos todos neoliberales. Y, en cuanto a la equidad –valor clásico del progresismo–, nuestra incapacidad en avanzar significativamente en este plano en 14 años hace dudar si es que el progresismo tiene algo real que proponer al respecto, y si este objetivo no es si no un ideal romántico, carente de contenido real. Por eso muchos concluyen que no hay ideas progresistas relevantes para el mundo de hoy; el progresismo actual no sería más que unas cuantas notas al pie de la página al ideario neoliberal.

Rechazo esta tesis. Por el contrario, sostengo que el progresismo padece no de una falta de ideas y de propuestas alternativas, si no que ha flaqueado su voluntad y capacidad de llevarlas a cabo. 14 años en el poder, con responsabilidad por el día a día, ha hecho que sus líderes se preocupen de lo inmediatamente factible, normalmente reformas marginales, y se despreocupen de las reformas estructurales hacia las cuales apunta su ideario. Sostengo, pues que sobran ideas, falta liderazgo.

Como la parte menos creíble de mi tesis es que el progresismo tenga propuestas concretas alternativas *en el plano económico*, me concentraré en estas últimas más que en las de equidad (tras el supuesto que si de verdad tenemos alternativas interesantes en lo económico, tradicionalmente el bastión más fuerte del neoliberalismo, tanto más hemos de tenerlos en nuestra área más fuerte, el de la equidad). Este énfasis en lo económico también se debe a que considero un error y hasta un peligro cederle el campo “duro” y “técnico” de la economía al neoliberalismo, y refugiarnos en los temas “blandos”, de la equidad, la cultura, lo valórico o lo ecológico. Por un lado, por importante que sean los anteriores temas, la economía sigue siendo central en esta etapa

¹ Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile.

de nuestro desarrollo. Y el progresismo tiene mucho que decir en este campo. Por otro lado, puede dar la falsa impresión que el progresismo es puro voluntarismo utópica mientras que el neoliberalismo es ciencia. Y no es así.

Como no tendré tiempo de exponer si no unas cuantas, adjunto una docena de propuestas de reformas mayores, o estructurales, innovadoras, concretas y técnicamente bien fundadas, todas inspiradas en el ideario progresista humanista, *todas centradas en acelerar el crecimiento económico*.

I. El hilo central del ideario progresista

El hilo central del ideario humanismo progresista es la convicción de que el mundo puede ser mejor, y construir ese mundo mejor depende de la racionalidad y voluntad del hombre. El progresista se caracteriza por estar insatisfecho con el “status quo”; y esa insatisfacción es la madre del progreso. Ello a diferencia del pensamiento neoliberal, incluso de ese no contaminado por la defensa de intereses creados, que más que por mejorar las cosas, se preocupa de que las cosas no empeoren. El progresismo cree, pues, en la perfectibilidad del hombre, mientras que el neoliberalismo teme su corruptibilidad. Si bien “homo sapiens” de verdad es tanto corruptible como perfectible, me parece que actualmente hay mucho más razón para estar insatisfechos que satisfechos en nuestra América Latina y Chile de hoy. Señalaré las dos más obvias.

Primero, ¿cómo no escandalizarse ante las abismantes desigualdades, no sólo en niveles de vida, sino más fundamentalmente en oportunidades? El joven chileno que asiste a la educación municipal o particular subvencionada recibe una educación de \$25.000/mes frente a la de \$100.000/mes del que asiste a la educación particular pagada. Esa diferencia en costo refleja diferencias en calidad, medido por el SIMCE, equivalente a cerca de 150 puntos en la PAA a la universidad!! O sea, en lugar de cerrar la brecha cultural existente entre niños de diferentes orígenes sociales, la educación la exagera, con lo que la desigualdad de ingreso en Chile es el doble de la de los países desarrollados (en Chile el quintil más rico de ingreso gana ¡13 veces más que el quintil más pobre!). Asimismo, en lo que otra necesidad fundamental se refiere, acceso a la salud. En Chile la persona atendida por ISAPRE recibe 2 a 3 veces más atención (medido en gasto) que la persona atendida por FONASA. Una sociedad puede tolerar desigualdades grandes en consumo prescindible, pero ¿cómo pueden justificarse diferencias significativas en lo que a necesidades básicas se refieren, las que afectan las oportunidades de sus miembros? Desigualdades como éstas son intolerables en una sociedad que aspira a igualar oportunidades. Claman por ser corregidas.

Segundo, en el plano económico ¿cómo no estar igualmente insatisfechos que 500 años después del “descubrimiento” y casi 200 años desde la Independencia, Chile tenga un nivel de vida tan por debajo de Europa y de USA? ¿Cómo estar satisfechos con nuestro empresariado, si la empresa típica en Chile y América Latina trabaja a niveles de productividad muy por debajo (1/3) de la frontera tecnológica y de mejores prácticas disponibles en el mundo? Si nuestro mercado e institucionalidad económica funcionaran bien y si nuestra clase empresarial fuera de verdad eficiente e

innovadora, Chile debería tener al menos el nivel de vida y productividad del mundo desarrollado de 20 años atrás, pues toda la tecnología de 20 años atrás está libremente disponible para nuestro uso (incluso las patentes están vencidas). En cambio, tenemos un ingreso per capita, no de US\$ 15.000 (lo del mundo desarrollado en 1980) si no del mundo desarrollado de 100 años atrás (US\$ 5.000). Ni se puede cargar este atraso al intervencionismo estatal, pues hasta 1930 Chile era la más ortodoxa de las economías —una economía de mercado, con propiedad privada y un Estado pequeño— y, no obstante, en 1930 estábamos casi igualmente atrasados.

Nuestro subdesarrollo histórico, pues, no se debe tanto a un intervencionismo estatal exagerado (que ha habido), si no a que nuestro mercado y nuestra clase empresarial han funcionado en forma muy deficiente. Fue un error, por cierto, que el progresismo fuera en algunas épocas anti-mercado. Sin embargo, fue y sigue siendo un acierto el diagnóstico progresista que la explicación fundamental de nuestro subdesarrollo se debe a la combinación de fallas mayores en el funcionamiento del mercado, a una institucionalidad económica poco apta para el desarrollo, y (hasta recientemente) a la complacencia y poco vigor de nuestra clase empresarial. Y corregir estas fallas e institucionalidad, mucho más que flexibilizar y desregularizar los mercados (*aunque esto también*), es la receta del ideario progresista.

II. Mercado y Estado: o las metáforas de la “mano invisible” y del “semáforo quemado”

A. ORGANIZACIÓN ECONÓMICA ÓPTIMA: ECONOMÍA MIXTA

Hace bien el neoliberalismo en insistir que el mercado y la competencia libre son fuerzas poderosas en movilizar el esfuerzo e ingenio de las personas para desarrollar a un país. Tiene razón también en recordar esa gran intuición de Adam Smith de que, por paradójal que aparezca, la búsqueda del provecho personal, en competencia *puede* conducir al bien social. Sin embargo, potente como es la metáfora de la “mano invisible”, el análisis neoliberal se queda muy corto por no decir cojo al pretender lograr el bien común así como movilizar la adhesión y fuerza creadora latente de la población sólo o principalmente a través de la fuerza de la mano invisible.

En efecto, además de la metáfora de la “mano invisible” está la metáfora del “semáforo quemado”. ¿Qué sucede cuando se quema el semáforo en alguna intersección importante? Bueno, cada chofer, en el intento de cruzar como pueda, lo único que logra es dificultar aún más el cruce para sí y para los demás. ¿Qué pasó con la mano invisible que nos iba a conducir a nirvana? Lo que hay aquí es una falla de coordinación, y el mercado no puede por sí sólo arreglar este tipo de falla. Por el contrario, el sálvese quien pueda nos lleva aquí a un empeoramiento social. Se necesita alguien que diga que pasen 10 autos por este lado y después 10 por el otro; sólo así se saldrá del taconazo (piensen en lo ocurrido después del robo de los computadores que controlan los semáforos 1 ½ meses atrás).

La autoridad pública, el Estado, es necesaria para tales fallas de coordinación (así

como para proveer los clásicos bienes públicos). Sin tal coordinación, el mercado será ineficiente y a veces hasta catastrófico y muchos bienes públicos no serían logrables. La mayoría de las recesiones y todas las depresiones se deben a fallas de coordinación entre los agentes económicos. Inclusive hoy día estamos entrampados en un círculo vicioso de expectativas –donde el consumidor es cauto en su gasto porque teme desempleo, y el empresario no invierte pues sus ventas están flojas. Con ello quedamos tanto con mano de obra cesante como con capacidad productiva ociosa. Mansa ineficiencia– y esta es una falla de coordinación.

Tal como un mercado libre puede coordinar eficazmente muchas interacciones, otras interacciones importantes requieren de una autoridad coordinadora: la estabilidad de precios; el manejo de una política contracíclica; una institucionalidad idónea tanto para situaciones de normalidad o pleno empleo como una para situaciones recesivas (reducción de horas en lugar de despido), con una autoridad que sepa cuando se debe cambiar de una hacia la otra.

B. ORGANIZACIÓN SOCIAL ÓPTIMA: ACCIÓN ATOMIZADA/ESPONTÁNEA Y COLECTIVA/ORGANIZADA

Si bien, en teoría, la libre competencia puede basarse exclusivamente en la acción espontánea y competitiva de individuos atomizados, en la práctica, el mercado también requiere, para su pleno desarrollo, de la acción colectiva de personas organizadas a diferentes niveles –la familia, el sindicato, juntas de vecinas, y la empresa. La lógica de la acción colectiva requiere, para su pleno desarrollo, la adhesión de la persona a los fines de esa organización y su internalización personal. Si es así aún dentro de la empresa, como nos dicen todas las teorías modernas de la empresa, tanto más es así para la comunidad mayor– el Estado. Y tal adhesión requiere que los ciudadanos estén convencidos de al menos dos cosas: 1) que la autoridad se interesa primordialmente en el bien común (es decir, que este no es un simple maquillaje lingüístico para la persecución de fines privados); y 2) que todos esos caídos en la persecución del bien de la comunidad mayor, no serán olvidados y desechados por la comunidad, si no que participarán solidariamente en los logros de esa comunidad. Sin esas convicciones se corroe la legitimidad de la autoridad y se pierde la adhesión de sus miembros. En efecto, no se movilizan las energías e ingenio de las personas en torno al proyecto común sólo o principalmente apelando a su egoísmo o al temor de la ley. Ello simplemente invita una actitud oportunista, por no decir, maquiavélica de parte de los ciudadanos, con lo que la acción colectiva en pos de bienes públicos quedaría frustrada, manifestándose, entre otras, en evasión tributaria y corrupción en el plano económico y, en el plano cívico, en falta de solidaridad y ausencia de identidad nacional.

C. VIRTUDES INDIVIDUALES Y SOCIALES

Por eso, tal como hay virtudes que el mercado potencia –esfuerzo, responsabilidad y creatividad– hay virtudes que son prerequisites para su pleno desarrollo, sobre

todo, una actitud a favor de la cooperación. Y para que surja cooperación las personas deben poder identificarse como miembros de la misma comunidad, con un proyecto común, y no sólo como adversarios o competidores.

III. Una muestra de políticas innovadoras para impulsar la competitividad

La gran ventaja de ser un país de desarrollo tardío como Chile, es que se puede crecer a un ritmo mucho más acelerado que los países en la frontera tecnológica puesto que se pueden “saltar etapas”, pasando de tecnologías y prácticas anticuadas a las mejores tecnologías disponibles internacionalmente. El cuadro siguiente da una *muestra* de políticas importantes, inspiradas en el ideario progresista humanista, y los contrasta con las neoliberales. Se verá que lejos de ser una variación trivial en torno al neoliberalismo, es un menú de políticas amplísimo y potente, la mejor demostración de lo fecundo que es el ideario progresista humanista.

Quisiera comentar dos sólo para dar un sentido de dirección y despertar el “apetito”.

Primero, vertientes tan distintas como el marxismo (y la teoría del valor), la economía neoclásica (la inversión en capital humano) y teorías de recursos humanos en la administración señalan lo central que es el trabajo para la producción y la productividad. En efecto, a diferencia de una máquina, cuyo rendimiento es fijo, el grado de esfuerzo, ingenio e iniciativa del trabajador depende, entre muchos factores, del trato, clima laboral e identificación con los fines de la empresa. Se puede movilizar estas potencialidades si se paga ya no un salario fijo si no *salarios participativos*; es decir, un sueldo base fijo más un ingreso variable en función del desempeño de la empresa o la sección en que trabaja. Todos los estudios muestran que esta forma de pago, al identificar directa y estrechamente los intereses del trabajador con la de la empresa, mejora el clima laboral y la productividad. Además, precisamente por incluir un componente variable, hay más flexibilidad para enfrentar crisis económicas, con lo que se reduce el despido y el desempleo. En efecto, en crisis la empresa con salarios participativos es más propensa a bajar sus precios para mantener sus ventas que la que paga un salario fijo, pues sabe que parte de la reducción en precio será compartida por una reducción del componente variable de los salarios. Inversamente, por cierto, en situaciones de auge, los ingresos de los trabajadores con salarios participativos crecerán más que los de los que trabajan a sueldo fijo. Estos puntos no son ppura teoría. De hecho, en Japón el grueso de las empresas mayores pagan salarios participativos, donde el componente variable es del orden de 25% el ingreso total del trabajador (variando de 0% en años malos a sobre 50% en años buenos). Y gracias a esta modalidad de pago, el clima laboral es excelente y pese a 10 años de virtual estancamiento económico —el desempleo es apenas 5,5%.

Segundo, la gran ventaja de un país de desarrollo tardío, como Chile, es que puede crecer a ritmos muy superiores a la de los países desarrollados saltandose “etapas”, pasando de sus tecnologías atrasadas y prácticas anticuadas a las mejores tecnologías y prácticas productivas disponibles internacionalmente. Es por eso que una vez que

comienzan a crecer, mientras más atrasado un país más rápido crece. De ahí que actualmente China sea la economía de más rápido crecimiento del mundo (con un aumento en el producto per capita de 7,5% anual), mayor incluso al de los “tigres”; cuyo crecimiento desde mediados de los 50s (5,5% anual per capita) a su vez fue superior al de Japón y los nórdicos, cuando ellos despegaron a fines del siglo XIX (3,5% anual); que a su vez, fue superior al de Alemania y Francia, que crecieron a 3% a partir de su despegue a mediados del siglo XIX.

¿Cómo acelerar la identificación de esas tecnologías y prácticas internacionalmente disponibles más idóneas para Chile, y su rápida adopción y difusión? Una manera es crear fábricas piloto, diseñados según las mejores tecnologías y prácticas internacionales más idóneas para Chile, y después dejar que los privados la copien. Es lo que hizo la Fundación Chile al desarrollar la industria de salmón a base de acuicultura. El problema es que es muy caro construir una fábrica piloto. Se puede lograr algo parecido, sin embargo, si se hace un concurso internacional para el diseño de la fábrica más moderna más idónea para los recursos chilenos y las escalas de producción más típicas de acá. Al premiar los 3 mejores diseños —con premios, digamos de US\$ 200.000— se podrían crear fábricas virtuales en 50 subsectores económicos cada año por apenas US\$ 20 millones. Esta sería una manera sistemática y acelerada de identificar y difundir las tecnologías modernas en Chile, como en su momento fue, para Japón y Corea, las visitas, fotografías e ingeniería al revés con lo que imitaron y adaptaron la tecnología occidental a sus países.

Y, por cierto, el ideario progresista no da sus espaldas al mundo sino que buscar integrarse a sus polos más dinámicos. De ahí la lógica de los gobiernos de la Concertación en negociar Tratados de Libre Comercio con los mercados más grandes y más dinámicos del mundo: Europa, USA y Corea, como puerta de entrada inicial a China, Japón y la India.

IV. La necesaria Reforma del Estado

A diferencia del neoliberalismo que tiende a demonizar el Estado, y cuyo “mantra” es reducir su tamaño, el progresismo valora al Estado —no como valor central, si no por ser instrumento idóneo para el logro de bienes públicos fundamentales: entre otros, la coordinación, la profundización de los mercados y la creación de una institucionalidad económica más apta para el crecimiento. Por eso mismo el progresismo requiere de un Estado musculoso y eficaz. De ahí que cobre prioridad, *sobre todo para el progresismo*, una reforma del Estado, que lo ponga al servicio de sus fines y no de los gremios que lo componen.

Desgraciadamente, nuestro Estado adolece de fallas graves. Primero, en lugar de estar organizado para facilitar la gestión y la toma de decisión, está organizado para evitar el robo. De ahí el énfasis en los procedimientos, en lugar de un control por resultados. Segundo, muchas reorganizaciones así como nuevas leyes añaden capas adicionales de vetos a los ya existentes, con lo cual se frena en lugar de agilizar la iniciativa y la toma de decisión. Tercero, el Estado tiene una política inoperante e

ineficaz de personal. En el afán de evitar despidos abusivos por razones políticas, se ha hecho virtualmente imposible despedir. Dado esto, las “evaluaciones” anuales son simple cosmético, casi todos son calificados excelentes pues ¿quién tiene el tiempo de justificar su calificación frente a numerosas instancias de apelación? De ahí que prima la antigüedad como criterio primordial de ascenso. Contrapartida natural a la “inamovilidad laboral” es la “inamovilidad salarial”, es decir, donde el gobierno se defiende pagando salarios bajos al personal de planta y contratando a honorarios para las principales funciones de importancia, con lo que se cierra este círculo vicioso.

Una reforma del Estado requiere devolverle capacidad de gestión a los directores de servicios –capacidad de gestión financiera así como laboral contra metas claras de desempeño del servicio. Requiere reintroducir “palos” y “zanahorias” a la política de personal; es decir, debe irse acercando los salarios públicos a los del sector privado a cambio de la eliminación de la inamovilidad laboral efectiva actual: calificaciones relativas– con ascensos para los mejores, y despidos para los que no ascienden en cierto tiempo (tal cual se hace en la burocracia más antigua y mayor del mundo, las Fuerzas Armadas).

V. Conclusión (un llamado)

Efectivamente el progresismo se inspira en un conjunto de ideales, pero en un conjunto de *ideales fecundos*, lo suficientemente fecundos para nutrir un amplio y rico conjunto de propuestas concretas y relevantes para el mundo de hoy, marcadamente diferente de las neoliberales, lo cual espero sirva para poner fin de una vez por todas a la idea que el progresismo es un puro sueño romántico. Pero por sobre todo es un conjunto de ideales fecundos si puede inspirar a personas capaces de soñar pero con los pies firmes sobre la tierra. Que así sea depende de ustedes. El proyecto progresista está por hacer. ¡El futuro de Chile está en vuestras manos!